

## LA MALDICIÓN

Nunca olvido una cara. Me ocurre desde niño. Sin proponérmelo. Y mira que intento evitarlo, porque después de treinta años estoy cansado de almacenar en mi memoria la cara de tanta gente. Pero me sale solo. Qué le voy a hacer. Mi hermana dice que soy el Facebook de la familia, porque al cabo del día registro más rostros que el dichoso Mark Zuckerberg.

Otras virtudes no tengo. Por más que me mire, no las encuentro. Soy malísimo con las matemáticas, se me dan fatal la cocina y la música. Por no hablar del deporte, cualquier deporte. Ni montar en bici. Soy un negado. Tartamudeo al hablar en público, hasta cuando tengo que hablar con la cajera del super. Imagínate. Y nunca fui capaz de sacarme el carnet de conducir.

Eso sí, las caras son lo mío. Nunca olvido una. Sólo la mía de vez en cuando, porque me canso. Es que soy un poco feo, no te lo había dicho. Bueno, soy muy feo, qué narices. Feo con mayúsculas. Para qué nos vamos a engañar. Tan feo que me da pereza mirarme al espejo. Y, con esta cara que Dios me ha dado –que ya se la podía haber currado un poco más-, voy por la vida memorizando las caras de todo el mundo. Es que tiene cojones la cosa.

Mi abuela, que es sabia y un rato fea también, dice que algo habremos hecho en otra vida para que nos caiga semejante maldición. A saber...

El caso es que recuerdo todas las caras que veo. Las de mis compañeros de la guardería. Las de la gente de mi empresa, que son como quinientos. La de una novia que tuvo mi padre antes de casarse con mi madre. Las de todos los futbolistas de todos los álbumes de cromos que hice de pequeño. Hasta las de la gente que sale en los marcos de fotos que venden en el chino. Y las de la gente que me cruzo en el bus, o en la biblioteca. Todas. No se me olvida ni una.

Por cierto, hablando de biblioteca, el otro día fui por fin a sacarme el carné. No lo había hecho hasta ahora porque pedían foto. Ahora va todo con un código y no hace falta que salga mi cara, así que me decidí. Voy poco, y sólo a horas en las que no hay casi nadie. Ayer saqué mi primer libro en préstamo. Uno de Flannery O'Connor. "Cuentos completos" se llama. Nadie me lo ha recomendado, ni había oído hablar de él hasta ahora. De hecho, no soy muy aficionado a los cuentos. De pequeño me di cuenta de que todos los malos de los cuentos eran feos. Y me harté. Qué manía con los feos. Bastante cruz tenemos ya.

Lo escogí por la portada. Por el rostro de esa chica. Me mira muy seria pidiéndome silencio. A mí, que casi no hablo por vergüenza. Pero me mira. No aparta los ojos de mí. Eso no lo hace ni mi madre.

Aún no he leído nada, ni sé si leeré alguno de sus cuentos. Pero voy por todas partes buscando a esa chica. Me sigue mirando, no retira la vista. No se cansa de verme. Eso no lo hago ni yo. Espero encontrarla antes de que se acabe el periodo de préstamo. Si no, lo renovaré. Iré comparando su rostro con el de todas las chicas que vea. Porque en mis registros no está. De eso estoy seguro. Nunca olvido una cara.